MAIPÚ SOBRENATURAL

✸ Antología de cuentos de terror ✸

Club de Lectura y Escritura Creativa 2023

Ilustre Municipalidad de Maipú

ESCRIBIENDO MAIPÚ CON UNA MIRADA

FRESCA Y SOBRENATURAL

Maipú es una comuna rica en aspectos históricos debido a su destacada participación en la Independencia de Chile, pero es mucho más que eso, ya que en la actualidad alberga a vecinos ávidos de compartir nuevas historias que enriquezcan y den reconocimiento a nuestro territorio.

Esta es la razón principal que motivó la creación del Club de Lectura y Escritura Creativa como un taller bajo el ala del Departamento de Cultura de la Ilustre Municipalidad de Maipú.

La búsqueda de nuevas historias y el deseo de abrir las puertas de la biblioteca a la comunidad para fomentar la escritura y la lectura fueron los claros objetivos de Fabiola Fuentes Clavel, encargada de la Red de Bibliotecas Municipales, quien junto a su equipo nos abrieron las puertas de la Biblioteca Central cada semana para realizar las clases donde escribimos, dialogamos, leímos y conversamos con distintos escritores y agentes culturales invitados.

Gracias a la motivación de escritores noveles, no solo nos limitamos a contar historias para nosotros mismos, sino que aspiramos a llegar a un público más amplio. Es por ello que hemos publicado "Maipú Sobrenatural", una antología de cuentos sobrenaturales con una orientación macabra, donde dejamos

constancia de que poseemos numerosas historias que merecen ser leídas.

Mediante una convocatoria abierta y gratuita dirigida a todos los maipucinos, los invitamos a escribir cuentos macabros que rescataran nuestra comuna y su historia. Es así como, en estas páginas, encontrarán cuentos que narran la presencia de zombies, fantasmas, soldados de la independencia, monstruos y asesinos, todos ellos moviéndose por nuestra comuna con la misma libertad que sus propios autores o ustedes mismos.

En estos tiempos que vivimos, es esencial rescatar el patrimonio cultural, tanto material como inmaterial Maipú, y la mejor forma para hacerlo es con un enfoque atractivo basado en historias de terror. Estoy seguro de que, con el tiempo, los escritores aquí reunidos serán referentes válidos en la comuna y eso permitirá que más voces también se sumen a aportar nuevas perspectivas sobre cómo dar valor a nuestro territorio.

Michael Rivera Marín
Docente y escritor
Monitor Club de Lectura y Escritura Creativa

SAMUEL

AUTOR: *Seba Donoso, falló una tirada de cordura jugando La llamada de Cthulhu. Ahora escribe estas historias.*

¿Han escuchado sobre Samuel?

Ese niño que vive cerca del cementerio, algunos dicen que por Victoria, otros que por Maipú. Tal vez en alguno de los pasajes cercanos. Nunca supe bien donde estaba su casa.

¿Ustedes no? ¿De verdad nunca han escuchado sobre él?

Bueno, Samuel es un niño que siempre ha querido salir a pedir dulces en halloween. Pero sus padres nunca lo dejan. Familia evangélica. Bastante estrictos con sus creencias. Siempre le dicen que esa fiesta es del diablo.

Pero desde hace algunos años, después de que tuvo ese accidente en la bicicleta, Samuel sale cada halloween a pedir dulces en las casas de ese sector. Se presenta con las ropas rotas, algo de tierra, y algunos rasmillones en sus brazos y rostro.

Sin duda están pensando que otro más disfrazado de zombie, ¡no lo nieguen! De seguro eso fue lo primero que se les vino a la cabeza. Pero Samuel es feliz, siempre llama casa por casa, con su sonrisa y su bolsita pidiendo dulces.

¿Quién iría a pensar lo que hay tras ese disfraz?

¿Esfuerzo? ¿Dedicación? ¿Maquillaje?, ¡para nada!

Los rasmillones son las marcas de aquel accidente. Ese auto venía por la avenida. Tal vez no iba atento, o realmente ese niño en bicicleta salió de manera imprevista de aquel pasaje.

¿La ropa con tierra? Disculpen, me olvidaba de ese detalle, pero bueno, no esperarán que Samuel salga con la ropa limpia cuando cada 31 de octubre sale de su tumba en el cementerio, atraviesa un metro de tierra, tal vez un poco más, y sale feliz a pedir dulces y disfrutar esta fiesta que en vida siempre le negaban.

CUENTO QUE NO ES CUENTO

***AUTOR**: Jelenne Hernández, la tenían en la hoguera, pero alcanzó a escapar.*

Me contaron por ahí que los dueños de un restaurante bien famoso ubicado en Chacabuco se habían vuelto locos desde que asesinaron a su perro. Ellos vivían en una casona ubicada en Avenida Sur y siempre paseaban en su lujoso auto por Avenida Pajaritos, sacando pecho como las palomas. Un día así, de la nada, cerraron su boliche, despidieron a todos sus empleados y se encerraron en su casa. Pasaron varios años, no sé cuántos, ya saben que la gente le pone o le quita al contar cosas, y ya se habían olvidado de ellos con el pasar del tiempo. En realidad, solo se preocupaban de su persona, así que no les interesaba el resto, hasta que una madrugada todo cambió. Era un día de neblina cuando encontraron un cuerpo en Avenida Sur con el Conquistador. No tenía vísceras, no tenía lengua, tampoco una gota de sangre. La persona que lo encontró entró en shock y casi para las New Balance ahí mismo.

Pasaron dos días y encontraron otro finado en Olimpo con Rinconada. Este tuvo otro destino, ya que había sido devorado por los cachupines y alguna que otra paloma. La comuna entró en pánico, nadie quería salir de su casa, los de paz ciudadana no querían hacer rondas de noche, bueno, tampoco las hacían de día, así que daba igual. Los pacos y la PDI tenían más preguntas que respuestas, ni los

punkies ni los curaos se veían en la botillería de Chacabuco, así que sin nada concreto, sin ningún sospechoso, nada podían hacer y seguían apareciendo cuerpos.

De pronto, ya no había más asesinatos y todo parecía volver a la normalidad. El matrimonio dueño del restaurante volvió a abrir su negocio, contrató nuevo personal y comenzó a ofrecer el mejor menú y las mejores ofertas de Maipú. En la casa del matrimonio todo marchaba bien y siempre estaban bien acompañados de Bartolomeo, su único amigo, el guardia del cementerio de calle Victoria. Se acordaban de su niñez y de cuando jugaban a tirar a sus amigos al río y ver cómo hacía glu glu glu...

Bartolomeo era el único que conocía el secreto de sus amigos y sacaba todo el provecho posible de esta gran amistad. Él sabía que llegada la noche, sus amigos se vestían de negro, agarraban sus cuchillos cocineros traídos de Alemania y salían en su lujoso auto buscando carne fresca para preparar sus menús. Por precaución, ya no arrojaban los cuerpos a la calle, ahora los llevaban donde su gran amigo Bartolomeo. Le daban su propina en billetes gringos, un par de sánguches de potito. Claro que no se sabía si eran de potito de mujer o de hombre, pero le daba igual. Lo importante era la cocción, el aliño y el ají, y bueno, como Bartolomeo era artesano, aprovechaba los huesos para hacer sus joyas originales.

También me contaron que esa semana, a un día de Halloween, el alcalde arrendó el restaurante para celebrar su aniversario de bodas y que después de la comilona y el bailoteo, el alcalde discutió con su esposa y esta se fue con

el chofer. Se fueron todos los invitados y solo quedó el alcalde con su mejor amigo, que de tanto tomar quedaron más cocidos que poto de infante. A eso de las 6 de la mañana, se despertó el alcalde, estaba en el subterráneo colgado en un palo. Miró hacia su izquierda y le estaban cortando la garganta a su amigo. El alcalde intentó gritar y no pudo, no le salió palabra alguna, ya no tenía lengua. Le rajaron la guata y pusieron una olla debajo de sus pies para que la sangre no cayera al suelo. Necesitaban sangre fresca para las prietas. Alguien en un rincón lloraba, pero no por miedo ni por ver los crímenes, era de tanto picar cebolla para las empanadas de pino.

Lo último que me contaron del matrimonio es que uno de ellos agarró un cuchillo de marca Nesmuk Diamond Studded y se lo enterró al otro así, seco, en el corazón. Le sacó los ojos para no volverse a enamorar de ellos, le cortó los labios para no tentarse nuevamente a besarlos, le cortó el estómago, metió lentamente su mano por aquella gran abertura y suavemente sacó sus intestinos. Tan suavemente como alguna vez vio a su abuela sacar la primera hebra de lana del ovillo para que no se fuera a enredar. Fue a la cocina, agarró la olla a presión y colocó a cocinar los intestinos. Estrujó el limón para echarle a la ensalada de repollo, las papas ya estaban listas. Eran más de las doce y tenía hambre.

PARANOIA

***AUTOR**: Rodrigo González, maquinista de tren, nunca se recuperó mentalmente de encontrar cuerpos desmembrados en las vías.*

—Qué frío hace, ¿cuánto habré dormido? —Dijo Miguel restregándose los ojos—. Ya se hizo de noche.

Comenzó a mirar a su alrededor, identificando su escritorio con su silla reclinable, su armario abierto que entregaba una sombría imagen a ratos, como si una horrible figura antropomórfica emergiera desde las ventajas que otorga la oscuridad. Entendió que estaba en su cuarto. Un silencio sepulcral reinaba en la casa, antigua y grande de madera, como cualquiera de las casas de sus vecinos en Manuel Rodríguez, Maipú. Ni siquiera los perros de la casa de al lado ladraban como solían hacerlo durante toda la noche. ¿Será acaso la noche más pacífica de la que tenía recuerdo?

La tarde anterior había estado hablando con sus compañeros en Colegio Alberto Pérez sobre la leyenda urbana que rondaba en los pasillos: La Llorona. Es el clásico cuento sobre una mujer que merodea gimiendo por sus hijos. Los amigos de Miguel intentaban convencerlo de entrar al baño y ocultarse para encontrarla y confirmar su existencia. Sin embargo, Miguel no creía en aquellas historias infantiles en las que solo caían los crédulos, aunque le llamaba la atención lo sombrío que podía sentirse el lugar quedándose completamente en silencio.

Inclusive podían sentirse pasos, puertas golpearse, gotas de una llave mal cerrada, crujir de la madera, sonidos de objetos inanimados que al vincularse con fuerzas sobrenaturales adquirían uniformidad, propósito desconocido e indescifrable. ¿Era acaso el preámbulo hacia una manifestación de la esperada Llorona?

Entonces sintió helarse su cuerpo, al oír de repente un pequeño sonido, apenas perceptible. ¿Era un crujir del piso de madera fuera de su habitación? No, no puede ser, debe estar sugestionándose… ¿O habrá despertado por una pesadilla? No puede recordar en qué momento se durmió y en qué momento o circunstancia ha despertado.

Sentía su cuerpo completamente pesado, como si desde el inframundo de sus sábanas lo atrajeran hacia la cama. Como si su cuerpo se fusionara con la misma. De pronto, sintió la angustia de un nuevo ruido, "¿otra vez me he asustado por pensar en tonterías?" Si había algo que no le gustaba de su casa era la madera que crujía por cualquier mínima variación en el entorno.

Sin embargo, sabía reconocer los crujir que producían su familia al caminar. Esto era distinto, algo se arrastraba de manera cautelosa. Sus ojos se adaptaron a la oscuridad, el silencio era ensordecedor, miró a su alrededor y de pronto se sorprendió al ver la silueta de una persona sentada a los pies de su cama. La sangre se le heló de inmediato, su respiración aceleró como cuando sientes que tu vida está en peligro. Una mezcla de adrenalina con sorpresa y terror. Una silueta inmóvil

sentada en sus pies, no lo miraba, sino que parecía observar la ventana.

Intentó contener toda reacción física, sin embargo, no pudo hacer mucho con sus reacciones psicológicas. Ahí fue cuando soltó un pequeño grito acallado de inmediato por sus propias manos. Algo caminaba en el pasillo. No podía reconocer los pasos y los sonidos.

—Necesito calmarme —se dijo en un susurro.

Volvió a mirar en dirección a sus pies y al fin llegó el alivio de no encontrarse con la sombra que lo acechaba. Pero poco duró la cordura, los lentos pasos se hacían más fuertes. ¿Alguien se había levantado al baño? ¡¿Por qué se levantan a estas horas a orinar?!

Las pisadas iban acompañadas de algo que se arrastraba… ¿Qué era ese sonido? No entró al baño, sino que iba en dirección a su habitación. “Debe ser mi papá”, pensó tranquilizándose.

Pero era imposible, hoy trabajaba de noche. Perdió sus capacidades de pensar con claridad y de moverse. Pasos, arrastre, pasos, arrastre, respiración agitada, el corazón asaltando el cuello, más pasos, silencio absoluto. Contención de la respiración, la manilla de la puerta comenzó a girar, peso en los pies. ¡Esto es una pesadilla!

Una mujer sentada a sus pies lo miraba con amabilidad. La puerta rechinaba al abrirse, cerró los ojos. Algo gotea en la alfombra, sonido de un hacha clavándose en la cama.

Abre los ojos, siente que algo le tira el pelo, se siente más liviano y ligero. El terror se apodera de su mente. El ente sostiene la cabeza de Miguel apuntando hacia la cama, él mira aterrado su propio cuerpo decapitado, mientras la Llorona hace honor a su nombre.

LA ÚLTIMA NOCHE

AUTOR: *Ximena Soto logró escapar de ser quemada por liderar un aquelarre en Rinconada.*

La noche está más oscura que nunca; la luna apenas arroja un brillo que dificulta la visión. Juan camina por la avenida Chile en dirección oeste, avanzando lentamente y observando la punta de sus zapatos, iluminada por los faroles de la calle. Una ligera brisa fría le hace contraerse para protegerse del frío. Juan, tímido y distraído, es delgado como un fideo. Tiene trece años y siempre está en las nubes, como su madre solía decir.

Comienza a lloviznar, y Juan levanta la vista, pero la neblina lo confunde, haciéndole difícil ver. Sigue caminando, sintiendo un escalofrío recorriendo su espalda. Algo parece estar cerca de él, por lo que se voltea bruscamente, pero no encuentra nada más que la neblina que se desvanece lentamente. A pesar de ello, sigue sintiéndose incómodo y decide ignorarlo, continuando su camino.

Poco después, escucha pasos fuertes detrás de él. No está seguro si debe mirar o apresurarse, pero a medida que aumenta la velocidad de su paso, se da cuenta de que no avanza y los pasos siguen el mismo ritmo. Su respiración comienza a acelerarse, el frío lo envuelve rápidamente, y su cuerpo se torna helado. Piensa en detenerse, pero algo en su mente le dice que corra. Su cuerpo no responde; está paralizado. Finalmente, logra reunir valor a partir

del miedo y gira bruscamente, pero no encuentra nada.

Observa a su alrededor y se da cuenta de que está solo en la calle. No entiende cómo se ha perdido la noción del tiempo ni cómo ha llegado a ese punto. El miedo se apodera de él nuevamente, y, de reojo, divisa una pequeña luz en la vitrina de una tienda. Siente una atracción hacia ella, se acerca lentamente y coloca la mano en el cristal. La luz se acerca rápidamente y choca con el vidrio, produciendo un sonido fuerte. A pesar de retroceder, su curiosidad prevalece, y vuelve a mirar hacia la vitrina. Al hacerlo, siente que el vidrio está helado y húmedo, cubierto de gotas como si estuviera sudando. Limpia las gotas con sus manos, pero estas vuelven a aparecer en mayor cantidad. A medida que pasa la mano por el vidrio, otra mano aparece junto a la suya. Esto acelera su corazón al punto de hacer que su rostro se enrojezca y se sienta caliente debido al miedo. El miedo le hace sudar, y este sudor se enfría rápidamente. El frío recorre su espalda mientras la mano continúa junto a la suya.

Abre los ojos y la mano ha desaparecido, reemplazada por un vapor que cubre el vidrio. Entre el vapor, logra vislumbrar algo que se mueve, pero le resulta difícil distinguir debido al miedo. Siente que algo lo empuja hacia el vidrio, y la mano aparece nuevamente del otro lado. Siente que está siendo absorbido, no puede gritar ni moverse. Su cuerpo está rígido, su rostro refleja el terror, y sus ojos parecen que se saldrán de sus cuencas al abrirlos al máximo. De repente, la luz se acerca

rápidamente, choca contra el vidrio y Juan cae al suelo. Se levanta y corre sin mirar atrás, llegando a su casa. Su cuerpo tiembla.

Cuando abre la puerta, da un paso, pero esta se cierra de golpe. El vapor llena la sala y la luz juega en el espacio, creando movimientos extraños. Juan respira por la boca, coloca sus manos en la cabeza y se retuerce en el suelo. Siente la mano recorriendo su cuerpo, y su pecho comienza a doler cada vez más. Lleva sus manos al pecho, el corazón le late aceleradamente, y el dolor se intensifica. Finalmente, toca el orificio que ha dejado su corazón, y la sangre caliente corre por sus manos. Su respiración se calma, el dolor desaparece, y se siente anestesiado.

El suelo donde yace está tibio con su sangre, y sus ojos se cierran lentamente. Su respiración se vuelve más lenta, y su mente se va apagando. Ya no siente miedo ni dolor.

LA VOZ BAJO LA TIERA

AUTOR: *Aarón Jesús de la Cerda, escribano con vocación de monstruo. No usa corbata porque odia aparentar. Canta boleros techno cuando destripa gente.*

Esperaba el derrumbe de la copa de agua cada vez que vibraba el lamento por la cañería. Un lamento subterráneo que amenazaba con ahogarnos a todos. No es que fuera gran novedad: El sistema de aguas de SMAPA se reventaba y regaba el líquido por todas partes como una especie de Venecia chilena. Todavía se echaban la culpa sobre quién, precisamente, tenía la culpa.

Giré la llave de la cocina. Se sacudió con violencia y quejidos.

—¿Cuándo vas a llamar al gásfiter, abuelito? —dije molesto por la insistencia.

—El espíritu del agua está enojado, hijo. Viene por estos tontos lesos.

Mi viejo desvariaba. Fue agricultor toda su vida cuando "todo esto era campo". Gracias al agua pudo subsistir y mantener doce hijos. Le rezaba como a Dios. "El Tranque" era su altar.

Por eso, cuando se enteró de la demolición de la copa trizada para un plan de departamentos, se peleó con hijos, vecinos, dirigentes, funcionarios y hasta con el mismo alcalde. Nadie tomaría en cuenta la opinión de un viejo chocho de noventa y un años, de espalda curvada y andar arrastrado.

Tampoco es que les importara si le caía un trozo de concreto sobre la cabeza.

Vimos por la ventana a la caravana edilicia en el patio del Museo del Agua, instalada para dar inicio a la demolición.

—Anda tú —mi abuelo se perdió en la bodega—. Después te alcanzo.

No podía escabullirme. El CETP de Maipú nos habría prometido la práctica profesional instalando la corriente en los nuevos edificios. A cambio requería nuestra presencia en el acto.

Vi a varios de mis compañeros en Segunda Transversal. La calle estaba cortada, atestada de vecinos curiosos. No todos los días va el alcalde a tu casa. Celebraban, embelesados, la concesión de aguas municipales a privados. Negociaciones forzosas para el bienestar de la comuna.

—... El progreso de vecinos, vecinas, vecines y vecinus —dijo el edil— implica separarse de lo tradicional y abrazar las nuevas soluciones.

Un breve temblor sacudió a la multitud de sonrisas nerviosas. Pero para quien se nutre del poder, el miedo es una mala costumbre.

—¡Que empiecen las obras!

Sin embargo, las máquinas no se movieron. Mi abuelo apuntaba al chófer de la grúa con una escopeta. Me cubrí la cara con la mano por la vergüenza.

—No me escucharon por las buenas —el viejo amartilló el cañón—, ahora me escucharán por las malas.

Luchó contra los carabineros cuando cayeron sobre él. Seguro pensaban que era un intolerante en oposición al progreso de la comuna.

El arma se disparó y los perdigones se incrustaron en la pared de la copa. Las trizaduras abrieron grietas y las grietas abrieron rajaduras en medio de los fuertes quejidos de la estructura. Los pedazos de concreto cayeron alrededor y el agua saltó a presión con la amenaza de ahogarnos a todos. No alcanzábamos a huir; sin embargo, el agua se revolvió alrededor de los funcionarios y los arrastró consigo mientras se acumulaba y formaba un humano gigantesco, tan grande como la copa.

Sus enormes y brillantes ojos azules me arrastraron a observar su rostro. Quedé paralizado, como todos, con la sangre corriendo por las venas como un torrente furioso, un río de vida atraído por una figura cuyo pie medía lo mismo que yo.

El equipo municipal nadaba y luchaba por escapar del interior del gigante de agua. Mi abuelo, en cambio, flotaba tranquilo, consciente de su destino.

—Les doy la vida y así me pagan —todas las cosas vibraban con su rugido—. Aceptaré el sacrificio para compensar el desagravio.

Absorbió a la gente flotando en su cuerpo hasta quedar momificadas pese a estar rodeados de agua. Cuando estuve a punto de gritar, mi abuelo cayó junto a mí.

Tosía. Qué alivio.

La masa de agua se deshizo y retornó al pilar. Arrastró consigo los escombros caídos y los encajó de forma correcta. Todas las grietas quedaron selladas con lo que los investigadores llamaron "concreto vivo", una mezcla de huesos pulverizados y unidos con grasa humana.

—¡Tontos! —gritó mi abuelo—. ¡Les dije que vendría por nosotros!

Tragué saliva, consciente de que cada porción de líquido le pertenece a esa voz bajo la tierra.

LOS HABITANTES DEL PASADO

AUTOR: *Francisca Arenas, fue expulsada de Hogwarts tras haber robado un libro de la sección prohibida.*

En la apacible localidad de Maipú, específicamente en el sector de Rinconada con Av. La Victoria, vivía Luis solo en una casa antigua que había sido testigo de la historia de Chile durante generaciones. Sin embargo, Luis ignoraba que su hogar albergaba un oscuro secreto.

Desde que se mudó allí, comenzaron a suceder cosas extrañas. Al principio, eran pequeños detalles, como ruidos inusuales en la noche y objetos que se movían inexplicablemente. Aunque con el tiempo, las manifestaciones se volvieron más perturbadoras.

En sus sueños, Luis comenzó a ser visitado por figuras sombrías vestidas con uniformes antiguos de color azul pertenecientes a los soldados chilenos de la Guerra de la Independencia. Sus rostros estaban cubiertos de sangre, cicatrices y polvo de batalla; sus miradas parecían clavarse en el alma de Luis. Durante el día, se sentía exhausto y atormentado, sin saber qué ocurría.

Una fría noche de invierno, uno de los fantasmas habló en un susurro ronco y angustiado: “Ayuda... justicia... redención...”. Luis, asustado, pero decidido a acabar con su tormento, le preguntó qué necesitaba. El fantasma explicó que su nombre era

Manuel y que había sido traicionado por sus propios compañeros durante la guerra. Les había entregado información valiosa a los patriotas, sólo para ser acusado de traición y condenado a la horca. En ese momento apuntó al marco de la puerta de la habitación de Luis, dando a entender que es allí donde fue condenado.

Luis le preguntó a Manuel porqué él no podía ir por su cuenta en búsqueda de la carta, este le explico que cuando las personas fallecen de una manera trágica o inesperada no pueden moverse del lugar en donde terminó su vida. Angustiado, Luis prometió ayudar a Manuel a encontrar justicia para volver a tener una vida tranquila en su hogar. El espíritu le indicó que debía buscar una carta donde demostrara su lealtad a la causa patriota. Según Manuel, esa carta se encontraba oculta en el desván de la casa. Luis, guiado por el deseo de ayudar al espíritu atormentado, se aventuró a subir con su linterna.

El desván estaba lleno de polvo y telarañas, y el aire estaba cargado de tensión. Mientras buscaba entre cajas viejas y muebles cubiertos, finalmente encontró una carta amarillenta. La leyó y descubrió que revelaba la traición de los compañeros de Manuel y probaba su lealtad a la causa patriota. Con la carta en mano, Luis bajó al salón principal y se la entregó al espíritu.

Manuel tomó la carta con gratitud sonriendo. “Gracias”, murmuró antes de desvanecerse en la oscuridad. Luis creyó que su trabajo había terminado y que había encontrado finalmente la paz que tanto ansiaba.

Sin embargo, esa noche no fue el final. Otras figuras sombrías comenzaron a aparecer en la casa. Eran los compañeros de Manuel, también condenados injustamente a muerte por traición. Cada uno tenía su propia historia de sufrimiento, y todos buscaban venganza contra aquellos que los habían traicionado.

Las noches siguientes se transformaron en un suplicio para Luis. La casa se llenó de lamentos y súplicas de las voces de los soldados condenados. “Traición... venganza... redención”, susurraban en la oscuridad. Luis ya no sabía qué más hacer, su vida había sido invadida por el lóbrego pasado de los fantasmas.

Tras levantarse de su cama rodeada de difuntos, agarró la sábana y caminó hacia el marco de la puerta de su habitación. Afirmó la tela por la viga central y, tras subirse a un pequeño taburete, anudó su cuello con la sábana y finalmente pudo dar inicio a su descanso eterno.

ESTACIÓN TERMINAL

AUTOR: *Gerardo Sepúlveda, se dedicó a la extorsión y no le resultó. Posee una máquina de escribir.*

Aquella tarde, Gustavo regresaba en dirección a la estación Plaza de Maipú en el metro. Los pasajeros estaban medio adormilados, impregnados con el cansancio de la jornada. El mal olor de un día agotador se hacía presente. Así transcurría el viaje de regreso para la multitud, mientras desde los altavoces se anunciaba la próxima estación: 'Estación del Sol', las últimas estaciones de un largo trayecto que había comenzado en el metro Tobalaba. El sonido metálico seco de las puertas cerrándose, como una guillotina moderna, proveniente de un engranaje fabricado en Francia, marcaba el inicio de un viaje lento hacia la siguiente estación.

La voz del altavoz anunciaba una vez más: 'Próximas estaciones: Santiago Bueras y Divina Comedia'. Sin embargo, estos detalles pasaban casi desapercibidos para los pasajeros, sumidos en sus audífonos y teléfonos celulares, los cuales atraían sus miradas como polillas desorientadas. Nadie sospechaba que este tramo del viaje sería como abrir un libro de casi 700 años, una página que conduciría a otro siglo, una mutación en el tiempo y la realidad.

El tren entró en un oscuro túnel, y las luces comenzaron a desvanecerse, sumiéndose en un pasillo iluminado por antorchas. Nadie parecía darse cuenta de esta extraña transformación. Finalmente, el metro se detuvo en una estación que era

completamente diferente de la rutina diaria. La voz del metro anunció: 'Todos los pasajeros deben descender. El metro les desea una feliz llegada'.

Los empleados de la estación ya no eran los mismos que en la mañana; en su lugar, llevaban látigos y vestían de negro, cubriendo sus rostros con máscaras misteriosas. La gente que bajaba del tren se encontró con un ambiente aterrador. Los gritos de terror llenaron el aire, y muchos pensaron que se trataba de una broma de algún programa de televisión aburrido.

De fondo se escuchaban rugidos de leones y el murmullo de un público ansioso en las afueras de un Coliseo Romano. Un nuevo César esperaba un espectáculo grandioso para su entretenimiento. Otras víctimas se unieron al macabro espectáculo, alimentando el hambre insaciable de la multitud por más sangre, más mutilaciones y ver a los desdichados correr sin esperanza".

Con un idioma inentendible los asistentes del andén les dicen entre los asustados y desorientados usuarios ciertas indicaciones para que suban amenazantes con sus flechas y perros de caza. La suerte de Gustavo, la única oveja negra de la familia que recordó ese libro de alguna editorial argentina de los 60 que tuvo que leer de mala gana en la universidad, había decidido bajar para subir la escalera mecánica en Santiago Bueras con tal de no conocer aquel Infierno de Dante, camino al paradero de la micro que esta vez irá más vacía que de costumbre.

EL CUERO

***AUTOR**: Marco de Anton, fue secuestrado por un ovni y a su regreso confirmó ser un viajero del tiempo.*

En el invierno de 1949, en la lejana Rinconada de Maipú…

El carretero Calixto Chacano apuró a sus bueyes, el Puntao y el Totoral, dos robustas bestias de carga. La laguna estaba tranquila y luminosa, eso le permitió al veterano juntar leña para hacer su fogata. Tenía hambre y tiraría unos huevos con tocino a la sartén.

Los huevos se freían sonoramente en la sartén con su chirrido sabroso; de pronto, comió y sorbió un café caliente con el pellón de oreja. Oyó el tintineo de cadenas, los bueyes mugieron. Estaba inclinado, llenando de agua el tiesto, sintió el chapoteo en las ondas líquidas. Miró asustado, pero no vio nada. “Serán truchas”, se dijo.

En eso, los bueyes se alzaron de prisa y se movieron mugiendo fuerte. Entonces, sin tiempo, esa cosa enorme como un caballo salvaje se deslizó por el agua veloz y lo atrapó como araña a una mosca, sin darle chance de mover un dedo. El grito de horror fue simultáneo a la caída en el barro y la estampida de los bueyes. El cuero opresivo y viscoso lo aferró con nudos de acero, asfixiándolo lentamente. Los huesos de las costillas se le hundían como clavos en la carne, hiriéndolo con salvaje crueldad; gritó de terror inundando todo de ese aliento repulsivo.

Entonces lo vio con lágrimas en su rostro rugoso y su barba cana, su miedo no tuvo límites, porque el espectro que lo acorraló era horrendo: alto, vestido de harapos antiguos, con coraza y morrión. Su descarnada mano sostenía una oxidada espada con guarda puño plateado. La calavera horripilante, con pedazos de carne putrefacta, hablaba con dientes llenos de musgo y gusanos que reptaban; los ojos ardían como brasas del infierno y una barba hirsuta donde las arañas hacían carnaval coronaba su pechera de acero.

Su voz como torrentes de aguas, pútridas resonó:

—Tú, pobre carretero —le urgió con la filosa hoja—. Quieres vivir o...

—¡Sí, amito! —sollozó—. No me mates por amor a Dios.

—¡Entonces harás algo por mí o mataré a tu familia! —Le puso la cuchilla en la nuez—. Así que elige.

La tormenta arreció. Un rayo furibundo partió un viejo tronco, que llameó.

—¡Esta es una orden que no puedes negarte a obedecer: vas a hacer que Gallegos pague por todo lo que hizo en esta vida y así mi linaje quedará vengado… ¡yo cumpliré el destino de mi impronta! ¿Oíste?

—Sí, amito… yo le obedezco —se apuró en responder—. Y ¿quién es usted?" —preguntó llorando.

—Eres curioso, pero tienes derecho por ver la muerte cara a cara —alzó la espada—. Yo soy Reinoso, combatí con el Emperador. Aquí conquisté la tierra y maté a muchos. Tú me traerás al que mató a mi linaje. ¡A Gallegos lo traerás con oro!

—Yo no tengo oro, amito —gimió.

—¡Toma!

Le alargó una bolsa repleta de monedas áureas con la cruz y el escudo de Carlos V.

—Ahora vete, tienes un día para atraer a ese maldito aquí. Si no lo haces, mataré a tu familia, elige. ¡Largo!

El miedo era fuerte acicate y el carretero tomó la bolsa. Se fue embarrado y lloroso, no tardó más de una mañana en tentar al despreciable Gallegos, un energúmeno de cien kilos en su humanidad y manos como tenazas.

Lo estrelló contra el bar de Sarmiento:

—¡Habla, puerco! ¿Dónde está el oro exactamente? —el otro sudaba. Le debía dinero y esto no se lo dejarían pasar:

—Yo lo llevo, patroncito Gallegos… ¡no se va a arrepentir!

Gallegos aceleró su camioneta Chevrolet por el polvoso camino de Rinconada. Despectivo y cruel, amo de los campos había ultimado a cuatro. No fue condenado. Desjarretó a Venegas por cobrar su sueldo. Abusador de mujeres, hundió el cráneo a una.

Cuando el corpulento hombrón bajó en el claro, Chacano tembló y pensó "sin querer este patrón de cincuenta y siete años era brutal. Se llevará una sorpresa".

Gallegos no podía creer lo que veía: el espectro descarnado y fiero que lo amenazaba con voz tonante:

—Ha llegado tu día final… y yo soy tu verdugo.

Sin mediar más palabras el espantajo alzó su espada y con un certero golpe tajeo al desgraciado hacendado. Abrió su pecho y vientre cual odre de vino. Las vísceras y órganos palpitantes estaban a la vista y el horrendo ser hundió sus garras huesudas en la carne sangrante. Con brusco ademán arrancó partes del cuerpo, poniéndolos en su esqueleto viejo, destrozando al infeliz Gallegos en la ribera de la laguna. La sangre y el agua se mezclaron rodeando el cuerpo acribillado que perdía su forma, mientras el espectro se vestía con ella, adquiriendo proporciones dantescas: los jirones de carne se pegaban al hueso dando vida a un ser monstruoso, malvado.

"¡Oh, Dios mío, qué horror creaste!", pensó el aterrado campesino y el codicioso ganadero casi al segundo, pero el fornido Gallegos con el último adarme de fuerza que tuvo aferró el cuello del espectro y cayó exánime a sus pies.

Con sus potentes garras con guantelete de acero le abrió el cráneo y extrajo la masa encefálica húmeda en sangre. Gritó:

—¡Ya se completó mi venganza y maté al bastardo que segó mi linaje! —Lo miró con ojos demoníacos y le ordenó con susurro gélido:

—Toma ese saco repleto de oro porque te lo ganaste. ¡Es tuyo! —Le indicó con la mano sangrienta el pesado objeto—. ¡Vete ya!

El carretero corrió desaforado con el saco de monedas al hombro, en el barro, a tropezones, rasguñando su cara en las ramas filudas, con el corazón como un tambor resonante y bañado en sudor y sangre del difunto. Al cruzar el vado de la Plata divisó un incendio, atroz. Era el fundo de los Gallegos que ardía como pavesas de Satán. Ocultó el saco con ramas y fue a mirar el desastre.

LAS VÍAS DE LA LOCURA

AUTOR: *Romina Muñoz, más lunática que la misma luna, su mejor amiga es su gata. Hoy escribe estas historias*.

Georgina escuchó el paso del tren de carga de las siete de la tarde, se sentía fuerte el chirrido de las ruedas, ya que estaban solo a unos metros de la línea férrea. Un par de horas antes, Rocío le había pedido de favor que la acompañara a caminar por esas vías, entre la Goodyear y la Gasco, ya que había tenido una discusión con el viejo de mierda de su padrastro, por lo que necesitaba despejarse.

—Hay momentos en que quisiera que el tren pasara y me aplastara —le comentó Rocío, pensativa.

—Por favor, busca ayuda. De seguro tu madre lo haría.

—Ja ja ja, a ella le importa más cuidar de personas ajenas que cuidarme a mí.

No siguieron hablando sobre la madre de Rocío, porque sabía que su trabajo en el Hospital del Carmen no le daba tiempo de estar en casa.

Luego de la caminata, habían llegado a la casa de Rocío para tomar once, se encontraban en el comedor preparando sus pancitos con palta. Aunque miraba la televisión, Georgina sintió que más bien Juan, el padrastro de Roció, estaba más pendiente de ellas.

—Te dije que mejor ibas a mi casa, pero no, tú insististe en venir —susurró nerviosa Georgina. Su amiga levantó los hombros en señal de "no pesqui".

—Qué tanto cuchichean niñitas —Juan dejó de ver la televisión, se paró del sillón y se dirigió a ellas.

—Ya siéntese caballero, siga tomando el vino que le paga mi 'ama —comentó tranquila Roció, en lo que traía una bandeja, porque tomarían once en su habitación.

—Eres una puta como tu madre —soltó Juan, acercándose a Rocío peligroso.

—Con mi madre no te metes miserable cafiche —le contestó furiosa.

De pronto, Georgina se vio envuelta en una pelea en que el hombre agarro la botella de vino que bebía, y se las arrojaba a su amiga. Está logro esquivarla hábilmente, pero el hombre no paraba y agarro las botellas del estante que había en una esquina del comedor. Como si un demonio los hubiera poseído a ambos, era una lucha de quien tenía más poder. Finalmente, Roció golpeó fuertemente a su padrastro contra la pared, provocando que este incluso se doblara por la mitad. Desde su estómago, debido al vidrio que le enterró, chorreaba la sangre como si una llave abierta fuera. Georgina sentía que apenas respiraba, de seguro por el olor a vino del vejestorio muerto, mientras su amiga se movía frenética, aún con la adrenalina a mil.

—Mejor ayúdame a ocultarlo, en vez de quedarte tiesa, ya pareces ese meme —se burló Rocío, sacándola de su estupefacción.

—No entiendo cómo puedes estar tranquila. ¿Y si los vecinos vienen? —dijo mirando por la ventana.

—Con los cahuineros que son, raro que no hayan venido. Pero mejor, sino me acusan al tiro con los pacos —comentó Rocío, mientras traía lo que parecía ser una bolsa de basura. Luego, mirando a Georgina, añadió—: No creo que pueda con todo el cuerpo. ¿Y si lo trozamos?

—¡Ni hueona te ayudó! —Contestó enojada.

Roció, al no encontrar un hacha, menos una sierra, decidió que mejor lo arrojaban a las vías del tren y lo hacían pasar como un accidente ferroviario.

—Sigo creyendo que estoy loca por hacerte caso —se quejó Georgina.

—Querida, lo estamos.

Era de madrugada, solo la luna las iluminaba, cuando llegaron a la vía y lo depositaron allí. Al estar el cuerpo doblado en la mitad, se les hacía un poco más fácil cargarlo y arrojarlo, aunque vaya que el señor pesaba.

—Listo —dijo sacudiéndose las manos—. Según mis cálculos el tren de la medianoche debería estar por pasar. Regresemos a casa a borrar la evidencia.

En casa, se dirigieron al comedor, para limpiar el desastre, ya que la sangre se estaba secando; y estaba regada por el piso y parte baja del estante.

En lo que pasaban el trapo, las distrajeron los ladridos de los perros.

—Con lo curao, el viejo ese no alimento a los perros —reclamó Rocío mirando por la ventana—. ¿Qué mierda están oliendo?

Su amiga no le respondió…

—Georgina, respóndeme, po, hueona.

¿Por qué no lo hacía?

Visiones borrosas inundaron su mente. Entre los pedazos de vidrios usados como cuchillas para atacarse con Juan, no se dio cuenta que una tercera persona fue gravemente lastimada. De pronto la vio, con los ojos abiertos y el estómago lleno de sangre, rodeada de los mugrientos perros. Todo este tiempo Rocío estuvo sola.

La pregunta era: ¿también la arrojaba a las vías del tren?

EL PRIMER GIL

***AUTOR**: Tomás Marín, de quien cuentan que nació producto de la cruza entre un íncubo y una monja.*

¡Por la cresta! Tengo el olor impregnado. Mis manos huelen a carne podrida. Un asco.

Estoy chato. Llego todos los días cansado a la casa, y los turnos de noche no ayudan mucho. Siempre cogotean al primer gil que pillan en el paradero de Chacabuco con Manuel Rodríguez.

Eso, sin considerar el olorcito a perro muerto que está disperso por toda la carnicería. Si las viejas que vienen a comprar supieran que se están comiendo al cachupín no volverían a comer carne nunca más, ja, ja, ja.

Pero, como dijo mi vieja: "con plata baila el monito, así que usted se queda *callampín* bombín".

¡Listo! Así está la cosa entonces. Como buen maipucino, me tocó aperrar nomás, ja, ja, ja…

Nah…penca. Penca y *fome* el chiste ¿o no? Mmm… Ni tanto. Hay cosas más malas. Como tener que trabajar en esta putrefacta soledad por diez lucas la noche. Aunque no se me ocurre qué puede ser peor.

¡Ya sé! Creo que sí. Puede ser peor. Como trabajar en el local de atrás. ¡Puaj! De solo pensarlo se me revuelve el estómago. Estoy peor que mi mamá.

Todavía me acuerdo cuando me decía: "¡Benja, los calcetines, hombre! ¡*Estay pasao* a pata!".

Le pone color.

De todos modos ¿qué será más fuerte, la fragancia de mis patas o la podredumbre del local de atrás? Ja, ja, ja, tengo que averiguarlo. Después de todo, igual me pica el bichito por saber qué hay allí. ¿Cuánto me voy a demorar? ¿Diez minutos? Además, en este lugar no hay nadie para echarme la bronca, es feriado.

Pero ese olor que desprende el local de atrás no es normal, resulta muy desagradable.

No sé. Pero está decidido. Saltaré la pandereta y me meteré en ese local. Ya me cansé de transportar pallets con carne. Me duelen los pies y los brazos. Se pensó y se hizo.

¡Uff! Tengo que bajar de peso. Me costó un kilo saltar la pandereta. No importa. Aquí estamos. Frente a frente. El hediondo a patas, contra la putrefacción en persona; la putrefacción en persona, contra el hediondo a patas.

Chucha, el portón del local tiene candado. Me lo imaginaba.

Pero… el candado está abierto. Qué raro… ¿Quién es tan *hueón* como para dejar un candado abierto? Filo. Vamos nomás.

¡Buagh! El mal olor me llega como un *charchazo*. Me dan ganas de vomitar.

Aquí no hay nada de otro mundo. Solamente materiales de construcción: palas, serruchos,

cemento, y cal. Seguramente este local lo utilizan como bodega para guardar materiales de construcción o quizás aquí vienen a enterrar a los quiltritos, ja, ja, ja. De hecho, ahí mismo hay una escalera. Y va en bajada.

¡Qué asco! Ahí abajo huele a una mezcla de caca y sangre. Además, se ve más oscuro y profundo que el *poto* de una negra.

Al bajar me percato de una luz. Es tenue. Al acercarme me doy cuenta de que proviene de una habitación. Es un sótano. Y en el piso hay…

Un cuerpo.

Si… sin… cabeza.

Y a la derecha de este hay una jaula. Con… una cabeza de mujer…

No puedo respirar. Quiero vomitar. La cabeza me da vueltas.

Al intentar recobrar la cordura soy consciente de aquello que estaba pasando completamente por alto. Al fondo del sótano se escucha una voz de hombre.

Y la voz de hombre se aproxima rápidamente hacía aquí.

Una súbita descarga que inicia en la punta de mis pies, se extiende a mis piernas. Estoy corriendo.

En el frenesí de subir escalones no dejo que la oscuridad nuble mis pensamientos. Pienso en mi única esperanza. La entrada del sótano. El boleto para salir del infierno.

Una vez fuera del infierno veo la pandereta que lleva a la carnicería. Corro a la pandereta para saltarla, y entrar a ese purgatorio.

Al estar dentro, busco la salida de la carnicería que me llevará del purgatorio al paraíso. El portón, allí está. Negro y ancho, como siempre. Ahora solo me queda salir y correr al paradero para tomar la micro a casa.

El paradero se encuentra vacío. Por fin, puedo respirar. Estoy seguro.

Repentinamente, mis músculos se contraen. Me paralizo. Un sofocante miedo abraza cada parte de mi cuerpo.

Alguien me está sujetando del brazo. Y me sujeta fuerte. No quiero voltear a verle.

Volteo.

Lo miro.

Me mira.

Me dice: "¿*compare*, *tení* fuego?".